

Para el hombre y para un gran número de especies superiores, y aun inferiores, el principio del egoísmo individual se completa con el principio del altruismo. Forma superior del egoísmo, el altruismo se manifiesta como el placer que nos lleva a ayudar a nuestros semejantes o aun a nuestros hermanos inferiores, como el deseo ardiente de sacrificarnos por la salud ajena, como la voluntad de consagrar nuestras fuerzas y facultades a la realización de una idea, a la persecución de un ideal. Tanto y más que el principio de la lucha por la vida y de «la supervivencia del más apto», la ayuda mutua ha contribuido al progreso indefinido de las especies asociables.

Se comprende ya que la mayor variedad posible en los caracteres físicos y facultades psíquicas de las especies y de los individuos pueda acarrear la mayor suma posible de felicidad general en el mundo sensible, con la menor suma de mal posible. Es en el reconocimiento de este hecho, consecuencia de la naturaleza íntima de las cosas, en lo que basaremos el principio axioma de la moral universal: *todo lo que multiplica en el mundo por los mayores factores posibles el número de las existencias concientes, y sus variedades, con la diversidad, la intensidad, la suma y la calidad de los goces que ellas pueden repartirse, es moral. Todo lo que disminuye estas cantidades, es inmoral.* Para cada mundo el bien sería la multiplicidad de las existencias individuales, su variedad, su dicha; para cada especie, cada raza, cada familia, sería el aumento del número de sus representantes, hasta un límite máximo para cada mundo; para cada uno de ellos, será la felicidad más perfecta con la más alta suma de actividades útiles. Por encima de todas estas morales, específicas o individuales, el bien universal, absoluto, será realizado por la mayor suma posible de existencias concientes, tan variadas y variables como posible, y por el máximo de goces diversos para cada una de ellas.¹ Son

¹ *El Bien y la Ley Moral*, Clemencia Roger.

estos principios-axiomas, que se desprenden lógicamente de las leyes físicas, dinámicas y psíquicas de la sustancia universal, las conclusiones a que llegará la gran doctrina racional del siglo presente. Son ellos desde ahora los principios que deberemos seguir en la redacción de la literatura filosófica que la doctrina reclama.

Yo no puedo atribuirme la paternidad de los principios de moral universal del Kosmos que acabo de resumir. Estos principios figuran en el libro citado de Clemencia Roger: *El Bien y la Ley Moral*. Como casi todas las obras de la gran filósofa, este librito está agotado, hace ya mucho tiempo. En París se le encuentra con grandísima dificultad. Al presentar yo por mi cuenta esos principios, he procurado conservar las fórmulas adoptadas por Clemencia Roger, hablar su propia lengua y respetar sus ideas, en la medida en que permanecían perfectamente racionales y lógicas. Mi tarea personal se ha reducido a rejuvenecerlas y ponerlas al nivel de los progresos de la sociología moderna. Verdaderamente, el libro entero debería ser escrito de nuevo de un cabo al otro, descargado de las fórmulas algebraicas, de las superfluidades y de los puntos débiles, vivificado por una comprensión más amplia y más justa del vasto movimiento de ideas del viejo mundo. Yo espero poder realizar tal empresa. Me parece que un pequeño código de la moral universal y de las principales morales particulares que encierra, una rápida exposición de los principios de la filosofía de la esperanza científica y racional, no sería inútil en estos tiempos de desbarajuste moral y social. Mientras tanto, tengo el gusto de anunciar a los compañeros de la América latina que leen el francés que he puesto a la venta, hace algunos meses, un resumen de la *Constitución del Mundo* de Clemencia Roger, al cual he dado como título su más bello descubrimiento: *El Atomo Fluido, Motor del Mundo*. He querido en esta obra poner al alcance de todos la explicación verdaderamente